

# HABICHA

**José Ignacio López Soria**

*SERIE BIOGRAFÍAS DE  
INGENIEROS, ARQUITECTOS Y CIENTÍFICOS*

---

# **EDUARDO J. DE HABICH**

(1835-1909)

Homenaje a los 90 años de su muerte

JOSÉ IGNACIO LÓPEZ SORIA

Archivo Histórico - UNI

**003599**

**Proyecto Historia UNI**  
Universidad Nacional de Ingeniería  
Lima, 1999

López Soria, José Ignacio, 1937 -

Eduardo J. de Habich / José Ignacio López Soria

Lima : Universidad Nacional de Ingeniería :

Proyecto Historia UNI, 1999.

70 p. : retr. ; 21 cm. -- (Serie biografías de ingenieros, arquitectos y científicos)

**Editores:**

Jorge Abadie Linares

Hugo Pereyra Sánchez

**Ilustraciones:**

Isaac Cazorla Moquillaza

2da. Edición, mayo de 1999

1,000 ejemplares

Derechos Reservados © 1999 Universidad Nacional de Ingeniería  
Proyecto Historia UNI, Lima-Perú

IMPRESO EN EL PERÚ

PRINTED IN PERU

Prohibida su reproducción total o parcial.

## CONTENIDO

<i>Introducción</i>	1
<i>Procedencia y primera formación</i>	4
<i>Preparación académica</i>	5
<i>La revolución polaca de 1863</i>	8
<i>Hacia el Perú</i>	12
<i>Primeras comisiones</i>	14
<i>Reforma del Cuerpo de Ingenieros del Estado</i>	17
<i>El Reglamento General de Instrucción</i>	23
<i>Creación de la Escuela de Ingenieros</i>	25
<i>Habich y la Guerra con Chile</i>	32
<i>Escuela y sociedad</i>	37
<i>En la Exposición Universal de París de 1889</i>	44
<i>Comisión de Pesos y Medidas</i>	48
<i>Obras públicas</i>	55
<i>Código de minería</i>	57
<i>Epílogo</i>	61

# *Introducción*

En diciembre de 1869 desembarcaba en el puerto del Callao un hombre de un poco más de treinta años, de largos mostachos y finos modales. Aunque estaba vestido a la usanza parisina y hablaba en francés, procedía de Polonia. Era el joven ingeniero Eduardo Juan de Habich que acababa de firmar en París un contrato de locación de servicios con el encargado de negocios del Perú en Francia para desempeñar labores propias de su profesión en calidad de ingeniero del Estado en el Perú. Hoy vemos su estatua en el parque Habich y leemos su nombre en algunas de nuestras calles, pero desconocemos la obra realizada por este extranjero que dedicó al Perú los más largos y fecundos años de su vida.

¿Por qué había salido de su patria un hombre procedente de la más alta nobleza polaca y llegaba a nuestras costas trayendo como única herencia su voluntad tesonera, su tecnicismo riguroso y su capacidad organizativa? La Europa del siglo XIX supo de la constancia en la lucha por la libertad nacional de aquellos pueblos que habían sido oprimidos por los últimos restos de las monarquías centralistas. Mientras nosotros, que estábamos estrenando la libertad, nos debatíamos entre el ser y el no ser de una economía inestable y de unos gobiernos efímeros que cualquier viento zarandeaba, en el Occidente europeo restauraban las monarquías sus solíos reales y Napoleón soñaba en un imperio sin límites. Los pactos de familia y las alianzas entre las grandes potencias permitían a los poderosos conculcar los intereses de los pueblos que pugnaban en vano por la consecución de la autodeterminación.

Polonia conoció el zarpazo de los zares rusos, y sus gritos, ahogados en sangre, no consiguieron sino líricas protestas de los románticos del siglo del Romanticismo. Se exaltaban sus heroísmos, sus hazañas llenaban muchas páginas de los periódicos y revistas de la época,

pero se la dejaba morir sola porque no podían violarse los sagrados pactos contraídos por los repartidores del mundo. Y vino la paz sobre Europa, es decir, el calculado equilibrio entre las grandes potencias a costa del sacrificio de las pequeñas naciones. Y vino la paz también sobre Polonia porque sus fuerzas estaban ya desgastadas. Pero en el fondo de los espíritus esa paz era sólo un compás de espera porque, como muy bien dijera nuestro Baquíjano al Virrey Jáuregui en el Elogio, las armas que el miedo retiene, en secreto se afilan. Aprovechándose la paz, se inició el proceso de rusificación de Polonia. Los nobles mantenían su rango y los jefes del ejército pasaban a servir a los zares en el mismo grado.

Los Habich, pertenecientes a la más alta nobleza polaca -en su escudo de armas figuraban los símbolos de la realeza-, eran aristócratas y militares. El joven Eduardo pasó a servir en Rusia. Cosechó triunfos en Sebastopol y Crimea, pero hastiado por la opresión que se imponía a su patria, abandona Rusia, se establece en París, estudia en la Escuela de Puentes y Calzadas, dirige la revolución de 1863 y vuelve a Francia para trabajar en la Escuela Superior Polaca, de la que poco después fue hecho director.

Por entonces el Perú vivía esos años de prosperidad falaz de los que habla Basadre como consecuencia de las ingentes sumas de dinero que recibía el Estado por la comercialización del guano. El superávit de numerario se convirtió en despilfarro, en boato y lujo, pero contribuyó también a la extensión de la red de comunicaciones. Faltaban sin embargo ingenieros capaces de dirigir este proceso de tecnificación y de asesorar al gobierno en las obras públicas. Durante la presidencia de Balta comienzan a llegar los primeros técnicos entre los que figurará luego Eduardo J de Habich. Venía con un contrato por tres años firmado en 1869, pero cuarenta años más tarde estaba todavía en el Perú. Cuando murió en 1909 dejaba tras de sí mil informes técnicos sobre problemas de irrigación, alumbrado, urbanización, ferrocarriles, etc. Pero su obra fundamental se llama la Escuela de Ingenieros no sólo por la mayor significación que ella tuvo en la evolución de nuestras estructuras sino porque a ella dedicó Habich lo mejor de su tiempo y de sus capacidades.

El Perú supo reconocer agradecido la labor de aquel extranjero que se identificó con nuestras cosas y se dio por entero a la defensa de nuestros intereses. Cuando alguien quiso empeñar sus glorias, salió pronto en su defensa. Un chauvinista exagerado se atrevió en 1894 a atacar a Habich, pero el periodismo nacional le respondió con unas palabras que sintetizan la labor desempeñada por Habich en el Perú. “En buena hora que rechacemos a extranjeros que vienen a disgustarnos... pero a extranjeros como el Sr. Habich, que educa e ilustra a nuestra juventud, que nos inculca hábitos de orden y sobriedad, que nos comunica los secretos de la ciencia, que nos ilustra con sus luces y nos ayuda con sus honrados esfuerzos, que procura mediante una propaganda activa, sean conocidos y apreciados en Europa los veneros de riqueza que oculta nuestro suelo; que forma su hogar entre nosotros y que nos acompaña, con el mismo interés, con la misma lealtad, ora en nuestros días amargos, ora en nuestros momentos felices; extranjeros así, extranjeros como Habich, que vengan muchos, que vengan siempre, porque esos no son ni pueden ser extraños en el Perú.” □

# Epílogo

Corría el mes de octubre de 1909 en la capital peruana. Un hombre encanecido por los años estampaba por última vez su firma en el despacho ordinario de la Escuela de Ingenieros. En su rostro se advertían todavía los rasgos polacos pero en sus ojos brillaba la mirada de lo nuestro. Se había identificado con nuestras cosas, había acompañado a los peruanos cercanamente en el lento proceso de la reconstrucción nacional. Moría finalmente rodeado de los suyos y rodeado de la estima del Perú porque había entregado a su segunda patria lo mejor de su espíritu, la totalidad de su esfuerzo y la integridad de sus capacidades. Su sello quedó grabado en nuestras cosas porque fue capaz de crear instituciones que perduran en el tiempo como una huella indeleble de su constancia tesonera y de su dedicación al trabajo. La vieja campana de la Escuela de Ingenieros que desde el local ubicado en Espíritu Santo congregaba a los alumnos y les advertía de las horas de entrada a las clases, doblaba hoy acompasadamente. Eduardo Juan de Habich había muerto. Su nombre se borraría pronto de la memoria de las generaciones, pero su obra quedaba ahí como un testigo silente de su trabajo.

Militar que supo de heroísmos patrióticos sin el brillo de la victoria, científico creador en campos vírgenes de la matemática y de la física, técnico detallado que examina cada nuevo aspecto de la realidad para someterla a las exigencias del hombre, organizador que sabe aprovechar las cualidades de cada uno de sus colaboradores y maestro que acierta a ver en el alumno las circunstancias personales, las inquietudes concretas, que corrige sin herir y premia sin enorgullecer. Tales podrían ser algunos de los rasgos y jalones fundamentales de la vida de Eduardo J. de Habich. □



**Serie Biografías de  
Ingenieros, Arquitectos y Científicos**

**Proyecto Historia UNI  
Universidad Nacional de Ingeniería  
Lima 1999**